

Mi vida con las plagas



La rata estaba atrapada entre la puerta mosquitera y la puerta metálica del patio. Era enorme, monstruosa. Dónde cabrones se podía conseguir un exterminador, me preguntaba yo. Ni siquiera estaba seguro de que eso se estilara en mi pueblo. Tanto ver televisión te hace pensar que vives en Springfield o en Ciudad Gótica, y que todos los problemas pueden solucionarse de maneras graciosas y afortunadas. En la confusión del momento me pasó por la cabeza deshacerme de ella sin que corriera sangre. Dejarla ir... ¿regresarla a la naturaleza? ¿Tomar la justicia en mis propias manos?

Ahora que lo pienso, la mía no fue una elección del todo responsable; sin justificación alguna me monté en los deberes de cazador. Lo que dicen que debe ser todo hombre, descendiente de los machos imperiales que mataban mamuts prácticamente a mano limpia. Un bato, lo mínimo que puede hacer, es partirse la madre, siempre, en todo lugar, en cualquier circunstancia. Si no, es cualquier otra cosa. Yo pasaba sin ver. Si la rata me hubiera pedido un rescate de queso manchego a cambio de dejarme en paz, se lo hubiera entregado, con moño y tarjeta; pero no ocurrió.

Llegué del trabajo por ahí de las tres de la tarde. Doy clases en una prepa privada, turno matutino, de Español, Teatro Clásico y Redacción; además, las noches de los miércoles y viernes enseño Metodología de la investiga-

ción en el Tecnológico que está antes de llegar a Estancias de San Juan.

Hacía un chingo de calor. Qué novedad. Mi pobre carro empezó a calentarse y se quedó. Tuve que caminar en el pleno solazo de la tarde por el bulevar San Buena, sin una sombra que retrasara un poquito la insolación que ya me había apendejado a los primeros dos metros.

Iba siendo hora de comer. Pensé en lo único que había en el refrigerador: una cubeta con pollo frito que había sobrado del fin de semana. Las piezas quedarían horribles cuando las calentara en el micro, pero peor era andar a pata.

Llegué, jodidísimo, como pueblo elegido después de cruzar el desierto. Defraudado del mundo y de mí mismo. Me senté a la mesa, frente a un plato de muslos y alas que ya no crujirían bajo ninguna circunstancia. Antes de la primera mordida me sentí sofocado. La casa, a esa hora, era un horno. Me levanté a abrir la puerta del patio para ver si de puro rebane hacía tiro con la puerta de la calle, y así se dispersaba el calor encerrado de la mañana.

Casi ni moví la puerta y el animal empezó a chillar, a agitarse, a rascar la tela mosquitera y el metal, como un demonio.

Pinche susto de la chingada.

Era una ratotota.

Cerré la puerta en friega.

El corazón se me quería salir del pecho. Una repentina carga eléctrica me levantaba los cabellos y me hacía sentirlos, como púas, cada uno por separado.

Me concentré en respirar; luego hice deducciones. La puerta exterior, la de tela mosquitera, tenía un agujero hasta arriba. Por ahí se había metido.

La casa estaba a medio caerse. O a medio construirse, da lo mismo. Tenía paredes desiguales, era una casita de juguete armada por un niño al que se le acabaron los bloques y le siguió con lo que hubiera. No todos los cuartos tenían cimientos. La instalación eléctrica consistía en tubos anaranjados que corrían por fuera de las paredes y contactos que colgaban de cables rematados con cinta aislante. Me la rentaba mi hermana, con quien nunca me he llevado bien. Me cobraba cualquier madre e incluía los muebles. Como única condición me pidió que fuera a su templo; su plan era hacer que me uniera a la congregación. El papel con la dirección se me perdió desde el día que me lo dio. Era hasta Frontera. Razón de más para ni siquiera intentarlo.

Por incómodo que fuera, había terminado acostumbrándome a vivir en la precariedad arquitectural. Por nada del mundo iba a ponerme a arreglar ese desmadre. No mandas afinar el camión que tomas para ir al trabajo, no alfombras de pared a pared tu pensión de estudiante. Nadie en su sano juicio le mete lana a una casa que no es suya.

La casa era un chorizo de cuatro cuartos, un baño y un patio larguísimo, aprisionado entre los terrenos más amplios de las casas vecinas. Los cuartos de atrás tenían goteras, la cocina y otro en el que mi hermana guardaba una lavadora descompuesta y material de construcción: varillas, maderas, sacos de cemento endurecido, un montón de arena apisonado en el rincón. La ventana de enfrente tenía un vidrio quebrado; el hueco estaba tapado con cartones. El baño era pura obra negra: paredes enjarradas, tuberías a la vista, piso de cemento; el desagüe consistía en un hoyo enorme, como el de las pesadillas que aque-

jan a los niños que acaban de dejar la bañera. A la piadosa de mi hermana le urgía salvar mi alma, pero el bienestar de mi cuerpo le valía dos centavos.

La rata no se quedaba quieta, no se callaba y tampoco se iba.

Regresé a la mesa. Se me fueron las ganas de comer, y sospeché que para siempre.

Pasé unos minutos intentando ignorar la repugnancia que me producía ese huésped a medias metido en la casa, sitiando la única intimidad que me quedaba.

Con el estómago cerrado, tiré el pollo.

Encendí el aire lavado de la recámara para dormir un rato.

Debía llevar la ropa a la lavandería, lavar los platos llenos de catsup, grasa y puré de papa del fin de semana, barrer y trapear. Ruido de fondo: chillidos desesperados. Tenía que decidir a qué hora iba a volver por el carro, que había dejado enfrente de los asaderos del San Buena; cabía la posibilidad de que, ya de noche y enfriado, volviera a arrancar. La otra posibilidad era que el mecánico quisiera cobrarme una feria por echarlo a andar, y entonces lo mejor sería dejarlo morir entre los humos de la carne asada.

En lo que el aire refrescaba la recámara me puse a despejar la mesa en la que preparaba mis clases. Ordené los libros, pasé un trapo por encima del polvo, rompí y tiré exámenes del semestre pasado que no les había regresado a mis alumnos. Ruido de fondo: pequeñas garras asquerosas rascando la puerta. Traje una bolsa de plástico de debajo del lavabo de la cocina y metí todo, junto con las envolturas de papitas y chucherías que tapizaban el piso.

El cuarto no se enfriaba como para poder dormir. Se me ocurrió bañarme. Ahí estaba el detalle. No había manera de salir a prender el bóiler. Podía intentar un regaderazo rápido, lo que significaba cocinarme en el agua hirviendo de la tubería, para enseguida mentar madres por el agua helada del tinaco; ahí debía entrar en acción el bóiler. Ni que urgiera tanto. Ruido de fondo: la puerta traqueteando, la rata dando vueltas y vueltas. Pensé en ver en la tele una serie o una película o caricaturas o lo que fuera con tal de acallar el desmadre.

Viendo al pato Lucas y al conejo Bugs no podía dejar de pensar en cómo no se le ocurría a la rata escalar por la tela y salir de su trampa de la misma forma en la que había entrado, pero en reversa.

Podía fugarme y regresar hasta la noche. Era martes y no tenía nada más que hacer. Ir a un bar, tomarme algo, ver un juego de beisbol, o escuchar música de los años noventa tantas veces hasta que tuviera que ponerle atención a las letras.

Pero tarde o temprano tendría que regresar y encargarme de la visita.

Me llevaba la chingada.

Me rendí.

Había que deshacerse del bicho cabrón.

¿Cómo? Lo sencillo había sido tomar la decisión. Lo que seguía era lo verdaderamente difícil.

Abrir la puerta desde dentro significaba invitar a la rata. No existía la mínima posibilidad de atajarla, pescarla, eliminarla antes de que me pasara entre los pies y se internara en la casa. Pensé en el cuchillo grande de la cocina, las tijeras, el desarmador de la caja de herramientas. Todo era de mi hermana. ¿Habría unas pinzas por ahí?

No podría tocarla ni con guantes. Imaginé sentir el peso del animal muerto a través de los guantes de plástico de la limpieza. O los de carnaza, que estaban en la misma caja. El estómago me dio vueltas. Y eso que todavía ni siquiera me había detenido en el tema de cómo iba a matarla.

Pasó media hora. Vi, como zombi, más caricaturas. Harto de sacarle al parche, me aventé. Iría viendo la manera de resolver las contingencias sobre la marcha. Decidí acercarme a la puerta desde el lado del patio. No era fácil. Las construcciones vecinas estaban pegadas pared con pared con la casa de mi hermana. Se me figuraba que el terreno resultaba hasta ilegal, de tan chiquito. No alcanzaba ni los ocho metros de frente, el mínimo que te pide el municipio para fraccionar, vender y construir. A lo mejor alguien hacía años se había visto ahorcado y había vendido el espacio de la cochera, o el patio que le sobraba a un lado de su residencia, y sin el cual era posible irla pasando, pero en el que era una broma vivir.

Al lado izquierdo, entrando a la casa, vivía una vieja bruja, medio loca y con taras de lenguaje, que además de no entenderse nada de las cosas que me gritaba apenas verme, aventaba con su escoba la basura y la tierra de su banqueta hasta mi frente. Yo no discutía, no más la mandaba a la chingada y azotaba la puerta de mi casa. Bueno, de mi hermana. La ñora tenía montada una tiendita de dulces y chucherías en su sala, se la pasaba esperando clientes y chismeando con los que se dejaban. Tenía todos los defectos: hacía mal de ojo, secaba los campos, tenía una verruga en la frente que era la marca del diablo. Y desperdiciaba agua a toneladas. Tenía un novio gordo y chaparro, barbón pero pelón, tuerco. Cuando venía a visitarla, cogían con el ahínco de las

personas que quieren destruirse pero no conocen otra forma más que con sus genitales. Cuando ella lo visitaba a él, se marchaba dejando abiertas las dos llaves de su patio, pues carecía de tinaco, y a veces se escuchaba toda la noche el agua desbordándose de las tinas que dejaba llenándose. Una vez, poseído por un ímpetu ecologista, salté la cerca que separaba los patios, pura tela coyotera, sin bloques, y le cerré las llaves. Al otro día vino con su don de lenguas a reclamar que me había metido. Ahora también dejaba las llaves por joder, sin tinas qué llenar, nomás para hacer un lodazal en su patio y que el estancamiento se pasara al mío.

Entonces no, gracias, prefería a la rata.

Nunca había visto al vecino del lado derecho. Más vale malo desconocido que la misma joda de siempre, pensé.

Toqué con una moneda en la puertita de la reja. A la segunda tanda de golpes salió un viejito en bata y calzones largos. Saludé, pedí disculpas por molestar y le pregunté si podía brincar de su patio al mío. Bueno, al de mi hermana. Me miró sin desconfianza, pensando. Pásele, me dijo luego. Él sí contaba con un pasillo externo. Se fue delante de mí para señalarme el camino. Me dio un par de indicaciones: “cuidado con los tubos que están a la vuelta”, y “aguas con la cabeza”, cuando pasamos debajo del aparato de aire que ronroneaba muy fuerte. No dijo nada más, ni hizo preguntas. No me pidió identificarme, ni quiso saber mi nombre. Que le robaran al vecino le valía absolutamente madre. Bien por él. Por sobre todas las cosas le importaba la tranquilidad de su espíritu.

Me subí a unos botes de pintura y me asomé por encima de la barda, casi dos metros de puro bloc. Ahí, en mi patio, bueno, de mi hermana, estaba la tela mosquitera, rota de

arriba. Tardé en localizar a la rata. Estaba acurrucada en un rincón. La pelambre tosca y parda se confundía con la pintura vieja de la puerta. Agazapada, bien pegada al suelo. Salté la barda sin novedad. Okey, nomás una: me pegué un putazo en la pierna al pasarme al otro lado. Cuando me acerqué un poco, cojeando, noté que la bestia respiraba como loca. Se agitó. Los chillidos de desesperación me sacaron un pedo. Pinche animal del demonio. Estaba igual de asustada que yo, o más, si se puede.

Murmuré una automentada de madre. No me había traído nada. Ni guantes. Ni pinzas. Ni un arpón, que era lo que realmente necesitaba. Eso de la improvisación no se veía ya tan prometedor. Zarandé la puerta, despacio primero, esperanzado en que la faena terminara antes de empezar. Nomás alboroté la gallera. Otra vez los ruidos, la lucha. Me empecé a encabronar. Le di un sacudidón más fuerte y estuvo peor. La rata chilló, se retorció, aceleró su respiración. Brincaba, se azotaba contra la puerta, me maldecía con esa voz que era un destornillador raspando placas de metal, que me sacaba chispas de los oídos.

Podía hacer circo, maroma y teatro, pero no podía subir tantito y dejarme en paz. Pinche animal.

Me quedé parado tanto tiempo en el patio, con el sol dándome en la cabeza, viéndola, que dejé de pensar en cualquier cosa, azorado. Cuando me di cuenta de la cara de tarado que debía tener, fui a buscar la pala que estaba entre los tanques de gas. Regresé con ella, junté valor, respiré hondo, y la descargué infinidad de veces contra la tela, sobre el cuerpo peludo y asqueroso que me jodía, esperando tronarle algo, la espina, la cabeza, las patas, el estómago, primero con la fuerza que da la desesperación,

y luego con la terquedad que otorga sentirse frustrado, burlado por el universo.

–¡Muérete, hija de tu rechingada bomba madre!

Lo dije. Lo grité. Lo separé por sílabas. Hasta que una voz detrás de mí me metió el segundo puto susto del día.

–Son duras las condenadas.

Por un momento pensé que la rata había hablado, revelándome la verdad de sí misma.

Era un día de mierda.

El viejito, o la mitad de la cabeza, que es lo que le asomaba por encima de la barda, intentaba no burlarse, sin mucho éxito, del brinco que había yo pegado. Hasta la pala solté, y fue a azotar contra la barda.

–Son inmortales –afirmé, me arrepentí de inmediato y me volví a insultar en la privacidad de mis pensamientos.

El viejo guardó silencio. Esperaba el segundo round. Ante la presión de la audiencia, no se me ocurrió otra cosa que volverme a chinguetear a la rata. Recuperé la pala y me acomodé como cuarto bat en el montículo, o al menos eso quise parecer, ahora que sabía que, ante la existencia de un respetable público, incluso mis mejores esfuerzos harían el ridículo. Sólo me quedaba conservar el estilo.

Le caí a palazos en el lomo. Uno tras otro. Todos igual de inútiles. La hacían chillar. Revolcarse. No la mataban. Ni siquiera la herían.

De repente trepó por la tela. Al fin se animó, chingado. Casi me voy de espaldas. Solté la pala, que fue a golpear el tanque de gas, y un sonido reverberante como de campana llenó el patio. Alcancé a ver a la rata meterse en un hoyo en los cimientos del último cuarto. Estaban hechos al aventón, llenos de grietas. Cuando los vi por primera vez, pensé que con medio bulto de cemento se arreglaba

el asunto, pero también decidí que de pendejo le iba a meter mano al cagadero.

Volví a recoger la herramienta. Terminé de romper la tela mosquitera con el filo de la pala y destrabé el pasador. Abrí con la llave que de pura suerte traía en el bolsillo del pantalón. Clavé la pala en la tierra y entré sin despedirme del viejo.

Tocaron a la puerta. Era mi hermana. Ante mi estrategia de fingir demencia con la invitación a su templo, había decidido que pasaría por mí y así me lo había anunciado por teléfono dos días antes. No alcancé a poner ninguna excusa. Hoy era el día. No andaba yo de humor. Ya me veía entrando al viejo cine de la colonia Occidental reconvertido en casa de oración, absorbiendo con todos mis sentidos extasiados la sabiduría divina y terrenal del iluminado al que llamaban ministro Coutiño, un sudaca de piel oscura al que no le entendía ni madre, y al que había conocido una vez en casa de mi hermana. Ni madre. Me escondí en el último cuarto. Me senté en el suelo, recargué la cabeza en la tina de la lavadora. Cerré los ojos y me resigné a esperar, a lo mejor hasta se quedaba en su carro a la caza de cuando llegara. Pero no. Le ganó, supongo, la urgencia de no llegar tarde.

Me quedé un rato ahí. Oí el carro arrancar y alejarse. De golpe me entró el cansancio. No era hueva o hartazgo, pasó que me desinflé. No quería pararme. Jalé una cobija vieja que estaba en la ropa sucia y me acosté en el suelo. Demasiada adrenalina. La batalla me había agotado.

La paz duró tan poco que no pude disfrutarla. La desgraciada regresó.

O sea: la rata me concedió una tregua, mi hermana fue mucho menos piadosa.

Esa noche fui a recuperar el carro. Los asaderos estaban cerrados. Era lunes. Arrancó como si nada. Había sido la pura insolación del momento. Los siguientes días el calor siguió igual, de la chingada, pero procuré buscar la sombra de los árboles para estacionarme.

El martes encontré en la casa varios tiraderos discretos pero concluyentes. En la recámara, los materiales de trabajo eran un desmadre, desacomodados, separados de la pared, como si alguien hubiera pasado la mano entre ésta y los libros. Los portalápices quedaron volcados; las plumas, clips y marcadores, regados por el suelo. La cocina no lucía mejor: el escurridor estaba en el piso, quebrados algunos platos, regadas las cucharas y los tenedores. Las bolsas de basura, que tenía una semana de no sacar, habían sido tomadas por asalto y yacían saqueadas en una esquina. Méndiga. Seguro las sobras de huevo con frijoles que estaban en el plato sobre la mesa ya eran un criadero de bichos prestos a ganar la guerra bacteriológica. El animal habría tenido oportunidad incluso de echarse a descansar en mi cama, ver una película y salir por la puerta de atrás con el juego de llaves que colgaba del clavo encima de la lavadora. Mi error fue pensar que se había ido.

Sacudí y me acosté. Enseguida escuché un ruido. Tiré a león. Estaba cansado, de las clases, de la chinga del día anterior, de dormir poco, de valer madre. Mi razón se juntó a trabajar con mi imaginación y entre las dos decidieron que ese ruido como de patitas o ramas rascando la ventana provenía de alguna de las casas vecinas, que habían llegado a mi mente durante el día anterior, claro,

ya lo había oído, y entonces, podía ser, estaba de alguna manera conectado con un perímetro más amplio de mi ecosistema social... Eso debía ser. Sí. Y con la conciencia tranquila, me dormí.

Desperté más tarde, con la impresión de que alguien se había metido a la casa.

Tenía el cuerpo cubierto de sudor; la sábana, húmeda, yacía echa bolas en mis pies. Unas ganas de orinar, urgentes, bajaron su intensidad ante la sensación de allanamiento que me había llamado desde el sueño. Tenía el cuerpo enmarañado y la mente fundida. Empate a cero.

Me puse de pie y busqué el interruptor de la luz. Dentro de mi cabeza, muy detrás, mis procesos menos pensantes esperaban encontrar una realidad terrible, una escena enloquecida. Un ejército de espectros sin rostro amenazándome desde las sombras. Un loco con un machete de dos metros de largo a punto de sorrajármelo en la cabeza. Un hoyo abierto en medio del cuarto por el que emergía un líquido negro, toda la maldad del mundo, y se desparramaba hacia mí. La muerte que venía y era simple y material como un montón de trapos que contamina el aire.

Se hizo la luz. Las cosas estaban en reposo. Los muebles en su lugar, inquietos por la iluminación fuera de tiempo, de madrugada. Nada raro pasaba. Pero la vibración seguía, venía y se iba. Pasó un momento antes de decirme a ir al baño; era un trecho demasiado largo para caminarlo apendejado. Fue una sensación extraña. Sólo el eco del ruido mental chocaba contra los límites de mi cráneo. Después, mientras meaba, ya no quedaba ni eso.

Tardé en dormirme de nuevo. Para mi mala suerte, en la casa de junto empezaron a escucharse ruidos de coger: cabecerazos, gemidos, la ñora diciéndole a su trai-

lero miniatura, “gato, gato malo”. Chinguen a su madre. Al rato le pararon.

Vi pasar las dos, dos y media, tres, en el reloj del teléfono. Trataba de ignorar los ruidos nocturnos, diseminados en los minutos vacíos. Autos pasando. Cachos de canciones norteñas. Ladridos. Reverberaciones que parecían venir del suelo. Voces gritando, pensaba, con miedo o furor.

A la mañana siguiente, desde antes de salir hacia la prepa, traía un humor de perros. El día pasó sin más altibajos de lo normal. Dicté clase a unos jóvenes valemadristas más preocupados en cumplirse como seres sexuales que por cualquier otra cosa, inoperantes como sujetos de enseñanza. Aguanté al director de la escuela privada, dispuesto a sacarle jugo al negocio, pasándose por el arco todo lo demás, la ética, la pedagogía, el calendario. “Profe, ya sabe que hay que ayudar a los que no puedan solos”, me dijo. “Es el valor agregado que ofrece nuestra institución: buscamos la forma de solucionar los conflictos de nuestros estudiantes.” Traducción: apruebe a los que no vinieron al examen por andar de finde en Cuatro Ciénegas, no le hace que ya estemos en periodo extraordinario. “Yo le digo a la encargada de las calificaciones”, aclaró. Puse cara de no mame, ingeniero, cómo me pide una cosa así. Me puso la mano en el hombro y concluyó: “Todos ganamos, profe, acuérdesese, y si tiene algún problema, el que sea, véngase, podemos discutirlo en mi oficina”. Replanteé mi posición y dije: “Claro, inge”. “Buenos días, profe.” Chingue su madre, inge. Donde manda capitán...

Nada que lamentar. El mundo que no deja nunca de ser el mundo.

Mi celular vibró a eso de las once de la mañana. Era

Nidia. Que cuándo iba a recoger las cajas con mis cosas. Ya tenía un mes tropezándose con ellas.

–Estorban, Richa.

–A lo mejor el viernes. Y no me digas así.

–El viernes no puedo.

–¿Entonces? –el caso era hacerme encabronar, para andar iguales.

–De una vez. Vente y mi hermano te las entrega.

Dije que sí. No pensaba ir. Que se chingara. Eran dos cajas nada más. Ni que fuera para tanto. Ropa de invierno. Unos pares maltratados de botas, huaraches y otros calzados de ocasión. Revistas viejas de *Mecánica Popular*, de cuando me entró la onda de hacerle honor a mi calidad de bato bragado habilidoso para las cosas más diversas, de tanto que Nidia chingaba; el delirio pasó pronto, por suerte.

Ella se había quedado con el departamento que empezamos a rentar juntos en el Centro, por la Plaza del Cañónigo. Dos años de convivencia pacífica y pum: luego ya no te aguanto y siempre me has caído mal. Vete. Tienes un día para ponerle de aquí. O mi hermano te mete una chinga. Su hermano, el nini broncudo. Me voy, pues. De mejores lugares... bueno, de ningún otro sitio me han corrido, pero para todo hay una primera vez. Y una segunda, y una tercera. Esperen y verán.

Aventé mi mochila y los libros en el asiento trasero del carro. Le pedí mentalmente una pausa a la jodedera de la vida. Ya estuvo por hoy, ¿no? Me cagaleó la chava que ya no quiere coger conmigo nunca. Me pendejeó el dire. Me ignoraron más de cien morros hijitos de mamá.

Fui por las cajas hasta el día siguiente. Las metí al carro yo solo, bajo la mirada vigilante de mi excuñado, que no sonreía ni siquiera porque me miraba obedecer la vo-

luntad de su hermanita, irme de su vida con mis últimos tiliches, dejarla en paz, al fin, yo el mal partido, el que no se quiso casar con ella, que en realidad soportó que ella le dijera que no quería casarse con él, de momento, que ya verían más adelante, porque hay que considerar todas las opciones, ver, hay que ver.

El miércoles, mi hermana me llamó mientras iba de camino a la casa. El pastor, el mismísimo ministro Coutiño, había accedido a hacerme una visita. Mañana. ¿Vas a estar en la tarde? Pues sí, dudé un poco, ¿cómo zafarme?, ¿me voy a enfermar?, ¿tengo planeado un infarto?, no había manera, estaba dicho. Para qué quiero ver a tu pastor, no lo dije, quería seguir durmiendo al resguardo de un techo. ¿Te estoy preguntando tu opinión?, hubiera sido su respuesta. Te chingas, diría el universo. ¿Ya ves por ateo?, jodería el dios de los justos.

Corté la llamada luego de un “bueno, espero que no se me atraviere nada, ya mero son los exámenes”, un “llegamos después de las seis”, un “pues nos vemos mañana”, y un “bai” que tuvo eco.

Si el renegado de Mahoma no va a la montaña... Será bendecido con toneladas de roca cayéndole al cantón. Al menos en los dichos, los dioses y los santos son bien rencorosos.

Al día siguiente encontré la casa regada. La habían tomado por asalto. La méndiga rata, luego de sitiar la puerta del patio, intentó una exploración, terminó por infiltrarse tras las líneas enemigas y reclamó el territorio. Así nomás. De ahora en adelante haría su desmadre cada vez que yo no estuviera. Me dio un asco infinito imaginarla entre mis cosas, paseando por la mesa del comedor, ta-

lloando su lomo contra los cubiertos y los platos, rasguñando la ropa del clóset que nunca había tenido puertas.

Fui a la ferretera que me quedaba a una cuadra, sobre el bulevar Cuauhtémoc. Entre tubos de todas las medidas, tuercas y tornillos en cajones de piso a techo, rollos de tela coyotera y mostradores repletos de candados, un hombrecito emergió y me preguntó qué se me ofrecía. Pregunté si tenía trampas para roedor. De cuáles, preguntó mientras iba a la trastienda, sin que yo alcanzara a despejar su incógnita. Ni idea. Hay de varias, depende de qué quiera hacer con los animales, aclaró al regreso, mientras extendía las que tenía sobre el mostrador para que yo escogiera.

La primera era una jaula alargada. Cuando el animal está hasta adentro, la puerta se cierra. “Es para ratones chicos, sirve si es usted ecologista y los quiere liberar luego”, aclaró el ferretero. Otra era una placa de plástico cubierta con un producto, así dijo, “producto”, al que los bichos, cuando lo pisan, se quedan pegados. La última era un clásico, la del muelle que al activarse prácticamente decapita a los roedores, o les quiebra el cráneo, o los atrapa para una agonía eterna. También tenían raticida. Cebos con químicos que les secan el cuerpo. “Los ingieren y después de un día, se momifican; así no apestan, aun y cuando se mueran dentro de un agujero en la pared o no encuentre usted los cadáveres.” La exposición concluyó.

—A todas hay que ponerles carnada. El queso rancio sirve, el fresco casi no les gusta, ponga cosas pasadas, tortillas duras —entonces viró hacia las advertencias y letras chiquitas—. Ninguna es infalible. Y su elección depende en gran medida de lo que quiera que les pase. ¿Es usted

muy vengativo o nomás quiere que lo dejen en paz? ¿Son ratones o ratotas, grandes o chiquitas?

Sentí un rechazo absoluto por la carnicería de los muebles y el sembradío de cuerpos secos; la cajita para soltarlos en el llano me parecía una reverenda mamada.

–Deme tres cajas de las de pegamento –le pedí sin pensarlo bien.

A los pocos pasos di media vuelta y regresé. Compré diez más.

El ferretero me pasó la tarjeta de un exterminador. Dijo que le hablara en cuanto cayeran. Servicio las 24 horas. Me di cuenta de que las ratas debían caer sobre todo de noche. Pero cuando marqué al teléfono, a eso de la una y media, la llamada terminó en nada. Pregunté por el tipo, expliqué el origen de la tarjeta, requerí sus servicios, sintiendo el madrazo del especialista que cobra lo que le da la gana, y más a esas horas:

–Cuénteme cuál es el problema –escuché ruidos, si seos, el tono de su voz implicaba un esfuerzo, quizá pararse de la cama y ponerse los zapatos.

–Ratas.

–¿De qué tamaño es la infestación?

–¿Cómo...?

–¿Son muchas o poquitas?

–Una. Cayó en una trampa de pegamento. Es del tamaño de un chihuahuero de los minis.

Silencio.

Colgó.

Coloqué las trampas. Tres nada más, las otras las dejé en la bolsa grande que me dio el ferretero, arrinconadas en

el primer cuarto. La compra compulsiva me había dado pena y decidí que podía solucionar el problema sin recurrir a la histeria. Las instrucciones recomendaban colocarlas en las zonas de tránsito de las ratas. Cada caja traía dos placas. Puse un par debajo del fregadero de la cocina. Un par más entre la lavadora y la pared. Una debajo de la mesa donde trabajaba y la última detrás del mueblecito de la tele, en el primer cuarto. Me fui por las cajas al depa. Al depa de Nidia, o sea. Cuando regresé a la casa, la casa de mi hermana, o sea, las trampas estaban intactas. Qué bruto, me di cuenta de que no les había puesto el cebo. Trocé tortillas y repartí los cachos. Luego le puse cinco capas de cinta canela al cartón de la ventana de la calle. Vi Arma mortal y me fui a dormir, pensando en matar plagas a balazos.

La noche pasó sin pena ni gloria, lo que quiere decir sin ruidos y sin insomnio. Durante un momento pensé que quizá el producto de las trampas contaminaba de manera secreta el aire, y me envenenaba lentamente. Me valió madre y creo que en algún momento me oí roncar.

Llegué a la clase nocturna del jueves en la más absoluta de las pendejas. Ya todo había pasado. Todo estaba ya consumado. La rata había tenido su fin. Yo también. La casa igual. Me sentía crudo, y sin tomar, nada más había pernoctado en uno de los moteles que están por el libramiento. Era día de examen, y no había sacado las copias porque ni siquiera preparé nada. ¿Qué hacemos?, les pregunté, con la sinceridad del docente pescado infraganti en el hecho de que la clase le vale sombrilla.

—Pónganos un trabajo y con eso califica.

La clase se componía principalmente de trabajadores

de una empresa de Castaños a quienes se les había prometido, mediante un innovador programa de responsabilidad social de su empresa, que, si se graduaban de la carrera, la que fuera, les aumentaban el sueldo. Se mataban en sus turnos y a la salida llegaban a Monclova, cruzaban la ciudad y aguantaban vara cuatro horas de clase, casi hasta las once. Lo que hice no fue por empatía, sino por hartazgo, dos caminos para llegar a la misma actitud budista.

–Sobres –dije muy serio, sabiendo que no nada más yo salía así del hoyo.

–Una investigación, como la que hicimos el mes pasado; estuvo curado.

–Está pichón; es de guglear y pegar.

–Pero más choncha. Por lo de que cuente como trabajo final –negocié en su cancha.

Se voltearon a ver entre ellos. Silencio. Alguien empezó a asentir. El convencimiento contagió a todo el grupo.

–¿Tema libre, lic?

Ahí me atoré. No todo tenía por qué ser tan fácil. Todo amor tiene espinas. Toda cena termina con la cuenta.

–O usted póngalo.

Claro. Para el ejercicio al que se referían había aceptado temas como la cerveza, los Cardenales de Nuevo León, el “Corrido de Laurita Garza”, las carreras de Fórmula Uno, la final del Mundial pasado.

–Dos páginas sobre plagas –se me quedaron viendo; sus gestos de sacados de onda me pedían opciones, salidas, trucos para terminar antes de empezar–. No investiguen. Que sea una cosa que les haya pasado. Escríbanlo en el cuaderno, ni para qué impriman. Expresión escrita.

Los dejé masticar la tarea. Me asomé por la ventana.

Les dije que como todos andábamos cansados y la camioneta del secretario académico no estaba en el estacionamiento, nos podíamos ir.

No puedo afirmar que los chillidos me despertaron, no fue así: lo que pasó exactamente es que casi me arrancaron el cerebro. Antes de abrir los ojos ya estaba buscándole forma al mundo; antes de volver a sentir mi cuerpo, ya sentía frío y tenía chinita la piel de todos lados.

Faltaban cinco para la una. La rata había caído en una de las trampas del último cuarto. No dejaba de chillar. Se oía cuando jalaba la placa de plástico y chocaba contra el piso. No podía caminar. No podía huir.

¿Y ahora?

Le llamé al exterminador vigilante y pasó lo que pasó: me mandó por un tubo.

Me sentí apurado y confundido. Pensé en dormirme y que me valiera madre, pero era imposible. El animal se callaba un momento y luego volvía a su lucha inútil y a sus gemidos. Pensé en ir por la pala y sacarlo al patio. Me dio vergüenza con los vecinos. Pensé en el exterminador y le menté la madre. Pensé en el ferretero y le menté la madre. Pensé en mi hermana y le menté la mitad de madre que le toca. Pensé en irme a un hotel por esta noche, regresar cuando la rata ya se hubiera escapado. Pensé en el pastor que vendría mañana y entonces sí entré en pánico.

El departamento estaba en un segundo piso, el nivel social más alto a que podría aspirar una joven pareja en ascenso en Monclova. Lo curioso era que para Nidia vivíamos en el tercer piso, y para mí, uno antes, en el segundo; ella a la planta baja le decía primer piso. Era un desacuer-

do irresoluble, no llevaba a ningún lado: su misma inanidad le impedía convertirse en discusión. Nada más nos mirábamos feo cuando escuchábamos que el otro, la otra, daba mal la dirección con cara de “ustedes perdonarán, es medio idiota”.

Estábamos cerca del templo de Santiago Apóstol. A menos de cien metros. Entre la iglesia y nosotros había una pequeña plaza y la calle Allende. Bandadas de palomas abarrotaban los edificios cercanos. Nuestro departamento tenía terraza: consistía en unos metros de azotea donde habíamos puesto unas sillas de plástico y dos macetas. Todas las mañanas y las tardes se atascaba de palomas. El piso estaba cubierto por una delgada capa de excremento duro de pájaro.

–Ratas con alas –sentenciaba Nidia cada vez que proponía salir a tomar una cerveza, y las corría a gritos y escobazos.

Seguido amanecían palomas muertas detrás de las macetas. Nidia, desde el primer cadáver, quiso mandarme a meterlo en una bolsa y deshacerme de él. Cuando me negué, alegando amor propio y la asepsia debida, asco y temblor de manos, se burló de mí.

–Creí que eras el hombre, Richard, Richita mi amor.

–El hombre, no el basurero. Dile al conserje que suba con un costal.

La mujer con la que me había arrejuntado me aplicaba las mismas técnicas de presión que mis compañeros en la secundaria. Vieja el que no se aviente. Miren a la princesa que no se quiere ensuciar. Seguro se te cayó el pito. Pocos huevos. Las provocaciones subían de tono de acuerdo con el nivel de alcohol en su sangre. En el segundo six ya me decía maricón y joto, de plano.

–¿Seguro que eres norteño?

Al principio le pedía que me dejara en paz, pero eso la envalentonaba.

—¿Cómo no puedes con una triste paloma? Me dijeron que eras varoncito, te voy a regresar con tu mamá. ¿No te da vergüenza ser así? ¿Y ustedes cazaban mamuts?

Ahora menos recogía las palomas muertas, ya nomás de oficio. Un día el conserje se tardó en subir. Yo estaba lavando los platos, cuando vi entrar a Nidia con una bolsa negra que aventó al piso.

—Ya no eres necesario, Richa —sonreía, triunfante—. En la noche tú vas a recibir, mi reina.

La mandé al chosto. A medianoche ya me encontraba empacando mis cosas en las cajas.

Contado así, parecería que hubiéramos terminado por el asunto de la morgue aviar en la azotea, pero no fue eso. O no solamente fue eso. El hecho resumía la actitud que tenía conmigo prácticamente desde el principio de la relación. Si hago memoria, si le busco la primera hebra a sus malviajes, podría decir que se trató de un episodio a primera vista inofensivo: yo traía puesta una camisa a cuadros de manga larga, iba con los botones abrochados; de pronto, Nidia se detuvo, por lo que yo hice lo mismo, desconcertado, dos pasos adelante. Se rio y me dijo que me faltaba más actitud acá, de machín, y procedió a desabotonarme la mitad de la camisa y a doblarme las mangas hasta los codos. Ahora camina así, me ordenó, y abrió los brazos mientras bamboleaba las caderas, como echando para adelante el pito que no tenía. Me negué. Ensayá, Richard, y verás cómo te sale ser más hombre. Ahí debí correr y contárselo a mi confesor. Pero no. Uno es duro de oído para las advertencias del destino.

Nidia me hacía toda clase de requerimientos que, según ella, debía acometer con soltura y prontitud. Para empezar, solucionar cuanto desperfecto apareciera en su casa, o en el depa, cuando ya vivíamos juntos, a huevo con mis propias manos, como cualquier bato que se precie de no ser maricón, apuntaba. Cambiar un socket sin electrocutarme u ocasionar un corto general, afinar el carro, hacerle a la plomería y a la albañilería cuando fallara la regadera y hubiera que tapar alguna grieta en el mosaico del baño, tener vocación de guardia de seguridad, abogado y taxista experimentado; todo esto, porque eso hacen los batos. Lo cierto era que ni aunque me apuntaran con una pistola tendría oportunidad. Soy torpe. O flojo. O no tengo el carácter. Y al parecer eso al principio les cae en gracia a algunas mujeres. Aunque luego ya no tanto. Me imagino, ahora, habiendo pasado tanta agua ya bajo el puente de los dos años que estuvimos juntos, que se impuso el reto de convertirme en lo que yo no era, en lo que yo nunca afirmé ser, porque no lo creí necesario, y en lo que nunca juré convertirme, porque uno no debe hacer promesas que no piensa cumplir. O sea, un bato de los de a deveras. Cuando se dio cuenta de que el proyecto naufragaba, todo empezó a terminar.

Eran pasadas ya las dos de la mañana. El animal llevaba poco más de media hora atrapado. Me preocupaba que se fuera a soltar, que se royera la pata y dejara los dedos pegados en la trampa con tal de liberarse, como me contó el ferretero que hacían. Las opciones eran escasas.

Me levanté de la cama dispuesto a improvisar. O al menos a emprender acciones sin meditarlas demasiado. No podía imaginar un plan, pero sí emprender pequeñas co-

sas por separado, estancas, sin relación entre ellas. Asomarme a ver la rata. Horrorizarme. Decidir que era real y culearme más. Buscar las botas en las cajas, sentarme en la cama, ponérmelas. Traer los guantes de carnaza de la caja de herramientas. Beber agua. Buscar las pinzas eléctricas. Tomar el cuchillo carnicero de abajo de los platos sucios, lavarlo. Sentarme en la cama. Regresarlo a los platos sucios. Vaciar la caja de mis zapatos. Arrear todo al último cuarto. Decidir que era imposible. Sentarme en la cama de nuevo y maldecir mi suerte. Ir a la cocina por una de las trampas que había colocado en el fregadero. Dejársela caer, porque tuve la peregrina idea de que un sándwich de rata sería más fácil de manejar.

La solté desde arriba, sin apuntar. Le atiné; fue un error.

La cosa empeoró. Fue como se le hubiera prendido fuego. Se retorció y chillaba con más ganas. Me volví a asomar. Nada más la cabeza le quedaba libre. Era enorme; me pareció más grande que la primera vez que la había visto. ¿Estaría creciendo del puro coraje, como Hulk? Se movía con sus últimas fuerzas para tratar de zafarse. Estaba asustadísima. Igual que yo, o me ganaba. Ahora sí era a muerte. Los chillidos desesperados no paraban. Qué hago. Qué chingados hago. Encontré entre los materiales un barrote de madera de esos de los que se usan para montar andamios. Lo metí entre la pared y la lavadora. Estuve un buen rato sosteniéndolo por encima de la cabeza de la rata. Apunté. Lo dejé caer una vez. No sirvió para ni madre aparte de para hacerla encabronar más y ahora sí, que sus esfuerzos se vieran, me pareció, cerca de liberarla. Los chillidos subieron de intensidad, de escala, eran más y más agudos. Subí el barrote y se lo volví a descerrajar en la cabeza. Luego otra vez, y otra. “Cállate, hija

de la chingada, cállate”, grité, hasta que ambos enmudecimos al mismo tiempo.

A la clase nocturna del martes siguiente no todos llevaron el trabajo. Les pedí que me los leyeran. Ya no tenía dónde revisarlos y en mi carro no cabía un papel más. Entre que los leían, los inventaban en ese momento y los platicaban, nos quedamos hasta las once. No medí para nada los alcances del tema. Estuvo de pésimo gusto.

Uno contó de las chinches que lo picaron cuando era estudiante en Saltillo, en una casa de asistencia ubicada en la antigua zona de tolerancia. Reconocieron la presencia de los bichos por sus picaduras, que forman líneas a lo largo de la piel y se concentran en las corvas.

Otro escribió sobre perros callejeros, esos que en el centro, para el lado de la fayuca, forman manadas y echan en corrida a los que caminan por el centro durante la noche. Tienen enfermedades y algunos están rabiosos. Que dizque mordieron al primo de un amigo.

Se habló de cucarachas que caen en la parrilla en plena carne asada.

De los alacranes que se meten en los salones del Tec, porque todos saben que está en el puro monte.

Me valía madre calificar. O todos pasaban o todos se iban a recurrar. Pero un batillo al que le decían el Carnal, el más joven del grupo, se voló la barda. Habló de sus viejas. La novia, las ex, la mamá de su hijo, su mamá de él, sus tías, su hermana, su jefa en el jale. Contó anécdotas: las golphizas que le ponía su mujer desde el primer día después de la boda, las cuerizas que le daba su abuelita con un cinto mojado, el acoso por teléfono de las novias que nomás no se querían terminar de ir, los requerimientos

de su hermana de ven a arreglarme la regadera porque eres el hombre de la familia. Lo escribió tal cual. Todos asintieron. Tienes diez, Carnal, le decían, tienes diez. Pero el último párrafo era una joya de la reflexión hecha al vuelo o de la estupidez meditada: es cosa que aún no me decido.

–Las morras son plaga para los batos. Los batos son plaga para las morras. Los masculinos y las femeninas son especies diferentes. Bien fácil se vuelven el azote de la otra parte. Si no convivieran, el mundo estaría mejor, habría menos gente. Por eso son plaga. Una media plaga que, cuando se junta con la otra mitad, vale gorro. Deberíamos estar separados, como en el bote. Un hemisferio de puras tuercas y el otro de tornillos.

Aplausos. Afirmaciones de “te mamaste”, a favor y en contra. Es que es el que lee mucho del salón, dijeron, como disculpándose por la profundidad del trabajo. Hicieron burlas para sacudirse el momento y se prepararon para salir sin que les dijera que se había terminado la clase. El Carnal fue el único que exentó. Los demás reprobaron. He dicho.

Dejé la caja encima del tambo de basura que estaba en la banqueta, entre la casa de mi hermana y la de la vecina. Contenía los guantes de carnaza, las pinzas, dos rollos deshechos y ensangrentados de papel sanitario, un bote vacío de cloro, las botas porque pisé con ellas la inmundicia y además ya estaban muy pichoneadas, el cartón que usé como recogedor, desperdicios varios.

Cuando salió el sol me fui a dar las clases de la prepa. Ese día pasé por las cajas, al mal paso, llegar sin cita. Me fue como me fue. Comí en una fonda de las que están en-

frente del Canónigo. Me hice loco un rato en la librería y compré una novela de Saramago.

Ya era tarde cuando regresé a la casa y encontré a mi hermana y a un señor chaparrito, muy peinado, de traje celeste, esperándome. El pastor. Me lleva. Se me había olvidado.

–Buenas tardes. Raquel, por poco y llego tarde.

Los pasé. Todo era un desmadre. La cama desecha, los platos sucios, polvo, trampas a la vista. Llevé dos sillas al primer cuarto. Me senté en el sillón.

Oramos. Rezamos. O como se diga. Coutiño me puso una mano sobre la cabeza mientras le decía a dios que yo era un hombre bueno, bueno pero descarriado, arrepentido de mi vida, de todo el mal que habitaba en mí, que quería pertenecer a la casa del verdadero dios, etcétera. Era notable el conocimiento de mi ser más profundo que ostentaba; yo nomás había dicho “buenas tardes” y “pásenle”.

Leyó pasajes de su biblia, platicó con mi hermana, le dijo que la salvación estaba al alcance de todos los que la buscaran, los que dejaran su vida pecadora y abrazaran la fe que su iglesia ofertaba. Yo más bien estaba ahí pintado. Era el eje de sus palabras, pero no contaba ni para que me volteara a ver. Sus interlocutores eran mi hermana y dios.

Aguanté vara. El exorcismo de bajo impacto acabó pronto. Raquel le ofreció un refresco al pastor, sin cerciorarse antes de si tenía uno en el refrigerador. Ya me veía yendo a la tienda de la esquina, pero el hombre sólo quiso un vaso de agua.

–Sírveselo, Riqui.

Los dos nos pusimos de pie y caminamos hacia la cocina al mismo tiempo.

–Tienes la casa hecha un asco. Métele mano –me regañó en voz baja, una vez que estuvimos fuera de la vista del pastor–. Que al cabo que me pagas una baba. Al menos limpia. Qué pena con el ministro Coutiño. ¿Te dije que va a irse de gira a Estados Unidos? Pregúntale si te puede hablar de sus viajes por el mundo. Voy a pasar al sanitario.

En lo que lavé el vaso y me lo llevé al garrafón no debieron pasar más de quince segundos. Eso bastó para que se oyera el grito que me paralizó, para que la puerta del baño se abriera de golpe y Raquel saliera disparada y entrara a la cocina con los calzones a media pierna, tratando de subírselos mientras se tropezaba con el tacón de los zapatos.

–¡Eres un pendejo, Ricardo! ¡Vete de mi casa! ¡Me vale madre! ¡Vete de mi casa!

El pastor se dejó venir y la encontró acomodándose la ropa. Mi hermana alcanzó a bajarse el vestido, pero el hombre ya le había visto los calzones. Ella más se emputó.

–¡Pero a la verga, cabrón! Perdóneme, ministro Coutiño... No es posible. Mira lo que hiciste, ¡pendejo! Perdóneme. Vámonos, ministro. ¡Que se vaya al infierno! ¡A mí qué! ¡Lo más probable es que ni seamos hermanos!

El religioso abrió los brazos, en señal de que no entendía nada, pero tampoco era necesario, y se fue detrás de ella. Seguían las disculpas y los insultos. Se oyó el cerrón de la puerta de la calle. Dejé el vaso en la mesa.

Fui al baño, la taza estaba abierta. Salían ruidos de chapoteo. Con precaución y haciendo que mi sentido de la decencia tacleara a mi imaginación, me asomé.

Una rata se pescaba con fuerza de la porcelana. Estaba empapada, la respiración le hinchaba con fuerza el torso. Me miraba. Vencida, pero en guardia. Era medianona, no

tan grande como la otra. A lo mejor era la pareja. O su descendencia. O algo. No supe qué hacer y bajé la tapa.

Salí del baño. Me quedé parado un rato frente a la arena dura, las varillas, las maderas manchadas de yeso. Chingue su madre. Me dispuse a hacer la maleta. Calculé cuántos papeles y libros podía meter en la caja que había quedado buena y cuántos al carro así a lo pelón. Hice varios viajes de la casa a la cajuela.

Salí al patio y agarré la escoba. Me metí al baño. Subí la tapa del inodoro. Ahí seguía la rata, con los bigotes escurridos y las patas clavadas, sobreviviendo. Me miró. Jalé la palanca y la empujé con la escoba. Por mi madre, bohemios... Cuatro o cinco veces. No se fue. Lo pensé mejor. Salí del baño. Fui al tambo de basura, recuperé la caja queapestaba a tribuna política y vacié el contenido sobre la cama. Manchones de sangre, papel de baño desgarrado, herramientas contaminadas, el maloliente cadáver. Prendí todas las luces de la casa. En la de al lado, empezaron a coger: “Ratona, ratoncita chula”, le decía el novio a mi vecina bruja. Sentí un escalofrío concluyente. Deveras que a la chingada. Muerto el perro, se acabó el programa. Ya no aguantaba tanta fumigada. Abrí las cajas de las trampas y las aventé como frisbis por todos lados, en las cortinas, las mesas, las paredes, salí al patio y le regalé las últimas al patio de junto. Aventé las llaves. Ni la puerta cerré. Ahí se me ocurrió reprobar a todo el grupo e ir a aventar palomas muertas a la entrada del edificio que está cruzando la plaza del Canónigo. Volví a entrar y me puse un guante de carnaza, agarré a la rata por la cola y salí con ella a la calle aguantando las ganas de vomitar. Le di vueltas sobre mi cabeza, como una honda, la solté, y de pura suerte entró por la ventana abierta a la casa ve-

cina. No me esperé a oír los gritos. Agarré mis cosas que quedaban en la banqueta, encendí el carro y me fui. Con lo bonito de mi música a otra parte.